

BIBLIOTECA CENTRAL

Mi querido, Querido, que también en esta tierra el poder de
haber contribuido a la unión de todas las razas a los
pies de estos sacramentos, en la que no sin razón se
llama la moderna Babilonia.

No es un sermón de caridad, como os dije al prin-
cipio, el que he venido a predicar. El mien-
santo a la católica Iglesia, y os digo: no es la so-
fista de los mares, ni la dueña de casi todas las repub-
licas del mundo, la que llama hoy a vuestras puertas.
Es la heroica víctima de Knappe VIII y de Elizabeth,
es la valiente Amazona que por casi tres siglos ha in-
chado y sufrido al pie de la Cruz, y que hoy, animada
por nuevos bríos y alentada por nueva vida, os llama
por sus puertas, se destaca en actitud sagrada, y por
esta, os ofrece en nombre del cielo, la eterna recompen-
sa prometida por Jesucristo, al hermano que ayude al
hermano, al cristiano que visite al enfermo y viva en las
heridas de su prójimo; al discípulo que da su vida en
caso de agua al discípulo en nombre del Señor, a quien
hido derrame sobre vosotros sus bendiciones.



ELOGIO FÚNEBRE

DE S. S. EL PAPA PÍO IX, PRONUNCIADO EN LA CATEDRAL
DE MORELIA EL 3 DE OCTUBRE DE 1904.



Semper laus eius in ore meo.

Mis labios no cesarán jamás
de pronunciar sus alabanzas.

Ps. xxxii, 2.

SEÑOR DELEGADO APOSTÓLICO:

VENERABLES HERMANOS EN EL EPISCOPADO: *

NO me tachéis de profano si aplico á un Vicario de Cristo, las palabras que David dirigiera al que se llama por antonomasia *el Señor*. Cierta poeta gentil, al pronunciar el panegírico de uno de los más grandes Tolomeos, empieza por recordar á su Musa, que con la Divinidad ha de iniciarse todo cántico sagrado, y con una invocación al Padre de los Númenes, terminar. «Pero cuando se trata de elogiar al más insigne de los gobernantes mortales (añade con entusiasmo)

Su claro nombre en el principio suene
Y á la mitad, y al fin, que de tal gloria
El Orbe por dignísimo lo tiene.»

* Los Ilmos. Sres. Arzobispos de Michoacán y Obispos de León, Chilapa, Tamaulipas, Tepic y Tloca.

Me equivoco al creer que estas palabras hallan un eco fiel en vuestros corazones, y que la cuerda de vuestra sensibilidad vibra al escucharlas, repitiendo interiormente el nombre de Pío IX? De seguro que tales son los sentimientos de mis colegas en el episcopado. Acaban de celebrarse solemnes fiestas en la Basílica de Guadalupe, y el Señor Arzobispo de Méjico me convidó á cerrarlas con un elogio del gran Pontífice. Está para inaugurarse en esta Metrópoli un Congreso en honor de María Inmaculada, y habéis querido, Señor Arzobispo de Valladolid de Michoacán, que un panegírico de Pío IX fuese su prelude. No podíais haber puesto los ojos en orador, á pesar de su insuficiencia, más ansioso de corresponder á vuestros deseos. Las alabanzas de Pío IX han estado en mis labios desde hace más de medio siglo. Empezaron cuando siendo aún niño, un repique anunció á los habitantes de mi ciudad natal, que había vuelto á ocupar su trono, triunfante de la Revolución. Se renovaron, cuando ya adolescente, el himno Ambrosiano, entonado en mi *Alma Mater* de Inglaterra, elevó hasta el cielo nuestra gratitud por la declaración dogmática de la Inmaculada Concepción que acababa de pregonar Pío IX. Se aumentaron, cuando tres años después escuché por primera vez su voz argentina, y lo contemplé en todo el esplendor de su gloria en el viaje triunfal por sus provincias y por la Toscana. Crecieron de punto más tarde, cuando poco á poco me fuí acercando á su trono y recibiendo favores, que en estos momentos no sería ya

gratitud, sino vanidad recordaros. No cesaron, cuando después de su edificante tránsito pareció palidecer la estrella de su intachable memoria. Han estallado con más fuerza que nunca, hoy que otro Pontífice, que ha querido como él llamarse Pío, nos lo hace recordar más vivamente por su simplicidad, su energía, su piedad y hasta su figura.

Estas alabanzas que juegan siempre en mis labios, no son singulares, ni hijas tan sólo de mi acendrada personal gratitud. El Orbe entero ha resonado con ellas desde los albores de la revolución italiana hasta estos instantes; y se han manifestado á veces de un modo frenético, á veces sofocadas por los improprios, en algunas ocasiones contenidas por el respeto á la autoridad, y hoy de nuevo dulcemente desencadenadas y sin freno.

Prueba de ello son estos solemnes funerales y los que se preparan en la Basílica de San Lorenzo de Roma, sobre esa tumba regada tantas veces por mis lágrimas, y que espero muy pronto volver á humedecer con mi llanto.

No, señor Arzobispo, no pudierais haber hallado un panegirista más deseoso de obsequiar vuestros mandatos. Pero el hecho mismo de haber tantas veces pronunciado el elogio de mi augusto Bienhechor, y la circunstancia de llegar á la hora undécima, cuando tantos ingenios han trazado su historia en doctos libros y elocuentes discursos, hacen mi misión más difícil.

¿Os hablaré de su devoción á María, de su perso-

nal empeño en declararla Inmaculada, del fausto esplendoroso con que lo llevó á cabo? Tanto se ha tratado este asunto, sobre todo en el presente año jubilar, que no me atrevo á tocarlo ni aun por encima.

¿Os narraré sus románticas aventuras, cuando víctima de la revolución que había calentado en su seno, se refugió en la famosa roca de Gaeta? Son demasiado conocidas, y no me parece lisonjero su recuerdo, mientras no hayamos vuelto á triunfar de la Revolución.

Tampoco os hablaré, por dulce que sea para mí su memoria, del Concilio Vaticano, de la canonización de los mártires japoneses, de la restauración de la Jerarquía en Inglaterra, ni de tantos otros actos insignes de su largo Pontificado, de que están llenos los libros impresos.

Pero sí discurriré sobre lo que no consignan los libros; os diré algo de nuevo y algo que, aunque esté impreso ¡ay! parece haberse olvidado por los católicos mejicanos. Tocaré únicamente dos puntos: los favores especiales de Pío IX á esta Michoacán, que hoy nos brinda con su hospitalidad, y la historia del día más infausto en la vida de Pío IX y quizás en los anales del Pontificado, del 20 de Septiembre de 1870.

A bien poco, pensaréis quizá, va á reducirse mi elogio. Todo pudiera ser, pues lo que es hoy no aspiro á tejer una corona fúnebre, sino á arrojar únicamente dos flores sobre una tumba tan venerada. Escuchad-

me con benevolencia. Quizás hallaréis que mi oración se aparta de los estrechos límites señalados por los preceptistas, para correr á rienda suelta por los campos de la historia anecdótica contemporánea. Como quiera que sea, tengo cierta confianza en que no cansaré vuestra atención.

I

Yo os confieso, morelianos, que uno de los deseos de mi vida ha sido subir á este púlpito, á que hoy por primera vez me conduce la bondad de vuestro Prelado. En él resonó mil veces la voz arrebatadora de tres personajes célebres de la Iglesia mejicana, y para mi corazón profundamente queridos. El uno me dió el sacramento de la confirmación; el otro me inició en la clerical milicia; el tercero impuso la diestra sobre mi cabeza, en el orden del diaconado.

¡Portugal, Munguía, Labastida! Aunque las lágrimas de vuestros conciudadanos se hayan quizá secado, todavía corren las de este vuestro alumno, si bien nacido en una ciudad, rival poco afortunada de la vuestra; y hoy me parece que los ecos de vuestros labios reviven bajo estas bóvedas y se mezclan al de los míos, y nos unen por última vez sobre la tierra.

Yo os suplico, señores, que os unáis también en espíritu á estos tres personajes, y que retrocedáis hasta el año de 1850; pero sin salir de esta Basílica. Está, como hoy, enlutada. Sus ricas colgaduras de negro velludo, ocultan en gran parte el sencillo decorado de

blanco y oro, que la distinguió hasta que el último Arzobispo, Sr. Arciga, la revistió de estos adornos multicolores. También se eleva en el centro un catafalco; pero ¡ay! no está, como ahora, vacío, sino que sobre él yace tendido el gran Portugal. Todavía se interpone el coro á usanza de las catedrales españolas, y en sus escaños se destacan dos notables figuras: la una de elevada talla y gentil continente; la otra más pequeña y casi raquítica; y al ver á uno y otro canónigo, vienen tentaciones de preguntar, como Priamo á Helena sobre los muros de Troya:

«¿Quién es aquel guerrero
Mucho más bajo al parecer, que el hijo
De Atreo, Agamenón?»

¡Ah! No es de cierto el Ulises de la antigüedad; pero no le va en zaga en elocuencia y renombre, y bien puedo describíroslo con los versos que pone Homero en boca de Antenor.

«Alzóse grave
El hijo de Laertes; y los ojos
Fijos en tierra, sin alzar la vista
Parado estaba y sin hablar, y el cetro
Ni adelante ni atrás movió; que inmoble
Lo tuvo cual si fuese un ignorante.
.....Mas apenas
En voz sonora del fecundo pecho
Salieron sus palabras, semejantes
En la abundancia á los espesos copos
De la nieve invernal, hombre ninguno
Con él hubiera competido.»

Tal era Munguía, y tal lo admiraron en ese día de duelo vuestros padres, y aun quizás algunos de vosotros, cuando desprendido del lado de su amigo, el Canónigo Labastida, avanzó con cortos pasos y subió ligero á este púlpito que indignamente ocupó, y en que apenas sobresalían su poco agraciado rostro y diminutos brazos. Pero qué torrentes de encantadora elocuencia brotan desde luego de sus benditos labios. Cómo se estremece el auditorio cuando lo oye pintar á lo vivo el regocijo de los mejicanos al saber los excelsos honores con que había agraciado Pío IX al egregio difunto. Qué trabajo cuesta á los fieles apagar los *vivas* que quieren estallar de sus gargantas al escuchar la descripción de las fiestas con que en esos momentos debía estar animada Morelia, frenética de gozo al saludar en su Obispo D. Juan Cayetano Portugal, al Primer Cardenal del Continente Americano. Pero ¿quién podrá describir el estupor general, cuando el orador anuncia que la muerte ha venido á arrancar de manos de Pío IX el rojo capelo que destinaba á vuestro Prelado, y á lanzarlo á la mar y al olvido?

Al olvido, sí. De la que debió haber sido gloria tan insigne para Méjico, ha quedado tan sólo en los polvosos archivos la nota del Secretario de Estado, anunciando la fausta nueva. Pero la oración en que se narran las virtudes del insigne Obispo y Repúblico, y se lamenta su prematura muerte, vivirá á través de los siglos. No puedo resistir al deseo de repetir algunas de sus frases:

«Nosotros íbamos á ser eminentemente honrados en la sublime condecoración de nuestro Pontífice, y Michoacán entraba ya en posesión de este primado de honor, en la existencia de un Cardenal mejicano.

«¡Oh Santa Iglesia de Michoacán! A ti estaba reservada tan insigne gloria. Tú habías de llevar á la faz del orbe este nuevo timbre en la historia de la grandeza de nuestros Pontífices. A la hora presente, la púrpura Romana debería recorrer majestuosamente tus atrios augustos, y el venerable nombre de tu esposo poseer el derecho de entrar en la urna sublime, donde se revuelven con los votos del cónclave los destinos del orbe católico. A ti se hubieran convertido en estos días las miradas atónitas de esta ilustre nación, al verte consagrar en tu reconocimiento la munificencia incomparable del ínclito Pío IX. Hoy tal vez magníficos preparativos ocuparían á todos tus hijos. Arcos de triunfo se habrían erigido, y la magnificencia del regocijo público se hubiera excedido en tan bello día, para saludar al EMINENTÍSIMO SEÑOR PORTUGAL, entre mil festivas aclamaciones, en medio de los transportes más vivos del entusiasmo, inspirado por la gloria, con toda la pompa de las bellas artes, con todas las gracias de la naturaleza, con los encumbrados acentos de la elocuencia y los encantos indefinibles de la poesía. Hoy tal vez. en estos mismos instantes.: en medio de esta misma concurrencia. dentro de estos muros sagrados.

«¿A dónde voy, señores? ¿Quién explicará estos mis-

terios de la imaginación? Yo hablaba de regocijos públicos, y me hallo en el santuario de la muerte; me embelesaba con primorosos cuadros, y tengo á mi vista una pira.»

¡Ah, nosotros también! Pero la pira que tenemos delante deberá desaparecer bajo las coronas de flores inmortales que ofrezca á Pío IX nuestra gratitud.

Para haceros comprender lo singular del favor de Pío IX á la Iglesia Michoacana, tengo que retroceder varios siglos, y tocar puntos un sí es no es delicados. Quiera el divino Espíritu guiarme por entre los escollos, sin ofender á nadie, ni mostrarme obscuro, por el mismo temor de inferir alguna ofensa.

Uno de los graves errores del sistema español en el gobierno de sus colonias, fué esa idea que, á raíz de la conquista, empezó á prevalecer de que la sangre de Castilla degeneraba, á guisa del vino, con sólo atravesar el Océano, por azul y pura que fuese, como venía de cierto en las venas de los que acababan de arrebatarse á Granada del poder de los moros. Así es que se miraba con disfavor á todo español nacido en América; y si para los cargos civiles no se mostraba tanta desconfianza, sí se escatimaban los altos grados militares y las dignidades eclesiásticas. Razones poderosas se alegaban en favor de este principio; y hasta hace cien años era imposible rebatirlo con argumentos. Pero en el siglo XX se levantan á una para mostrar su ineficacia, las veinte nacionalidades, muy lejos en su actual estado de ser potencias de primer orden, en que, gracias á ese y

otros errores, se desmenuzó el que debía ser hoy el primer imperio del universo.

Es cierto que se citan no pocos casos de hijos de ambas Américas elevados á puestos de confianza y honor. Pero éstos, ni son tantos, ni pueden casi llamarse excepciones, sino aplicaciones excepcionales del principio, ya sea que miremos á los tiempos antiguos, ya á los modernos. Si en el siglo XVII, Fray Antonio de Monroy llegó á ser Maestro General del Orden de predicadores y Arzobispo de Compostela, fué porque hasta él mismo logró olvidar que había nacido en Querétaro. Si en el siglo pasado, un nativo de Guatemala fué Arzobispo de Toledo y Cardenal de la Santa Iglesia Romana, fué porque á los cinco años, el niño Juan Ignacio Moreno había salido con su padre, huyendo de Méjico independiente. El General Fernández de Córdova tiene cuidado en sus memorias de decirnos que sólo por casualidad nació en el Perú; pero que no tiene en sus venas ni una gota de aquella sangre bastarda; y si nuestro General Castillo ascendió á la cumbre de los honores en el ejército y en la Corte, fué porque su heroísmo en Bilbao hizo olvidar que había visto la luz en Jalapa.

Estos sentimientos que, á pesar de breves intermitencias y de preferencias individuales, aun no se han obliterado en nuestros días, de España se comunicaron á otros reinos de Europa, y aun á la Corte Romana.

¡Cuántos años pasaron antes que la Santa Sede quisiera proveer de Obispos propios á las Repúblicas in-